

TURRENT

➤ Ante la baja prioridad que América Latina significa para Estados Unidos, México debe replantear una estrategia para poder negociar con su vecino del norte.

Obama y América Latina

ISABEL TURRENT

En la nueva política exterior estadounidense –pragmática, centralizada y abierta a la negociación– América Latina ocupa una de las últimas prioridades de la agenda de Barack Obama.

Del torbellino diplomático que ha marcado los primeros meses de gobierno de Obama se desprenden ya con toda claridad cuáles serán los focos de atención externa del nuevo Presidente. Afganistán y el Medio Oriente; los lazos con Europa; una relación más estrecha con Rusia y una más amplia y cercana con China. Aún los llamados Estados “fallidos” tendrán prioridad sobre nuestra región: en enero, el Pentágono dio a conocer la Estrategia de Defensa Nacional, un documento que estableció con toda claridad que esos Estados son “tierra fértil” para los terroristas, una de las principales amenazas a la seguridad de Estados Unidos. Ninguna de esas naciones está en América Latina.

Como en otras regiones del planeta, las realidades geopolíticas y los intereses estratégicos de Estados Unidos determinarán el rumbo de la política estadounidense en Latinoamérica. El continente en su conjunto mantendrá la posición marginal que ha tenido en la agenda de Washington desde el fin de la Guerra Fría, y aún antes, a menos de que algún acontecimiento inesperado se convierta en una amenaza a la seguridad de Estados Unidos. Pero no hay en el horizonte ningún atisbo que permita prever un cambio de la diplomacia norteamericana hacia la región como resultado de los peligros que nublan el horizonte. Por lo demás, Washington no necesita elaborar una política hacia la región en su conjunto, como resultado de dos factores: la diversidad de las naciones latinoamericanas y de sus intereses, que favorecen el bilateralismo, y la proverbial incapacidad de los países de la región para sumar sus intereses nacionales y presentar un frente unido frente al coloso del Norte.

Las preocupaciones de Washington en Latinoamérica están bien localizadas, y Estados Unidos procurará resolverlas bilateralmente a través de negociaciones y acuerdos –cuando éstos sean imprescindibles y no impongan un costo político al gobierno de Obama, como los tratados de libre comercio con Colombia y Panamá congelados en un nuevo Congreso

más proteccionista.

La frontera entre México y Norteamérica es uno de esos focos rojos. No sólo por el tráfico de drogas y armas, que no es ninguna novedad, sino porque la violencia, contenida hasta hace pocos años en territorio mexicano, amenaza con desparramarse a las ciudades fronterizas estadounidenses. No sorprende que una posible “militarización” de la frontera con México haya ocupado un espacio en una retórica diplomática que casi nada ha tenido que decir hasta ahora sobre Latinoamérica.

Detrás de ese silencio hay, sin embargo, otras preocupaciones que deben estar presentes en los análisis del equipo de Obama: la desestabilización que la crisis financiera puede generar en América Latina, la activa diplomacia y creciente presencia económica de China en Sudamérica y, sobre todo, los inéditos lazos de Irán con algunos países de la zona, especialmente con Venezuela.

El fin de la Guerra Fría, la globalización y la irrupción de nuevos actores –como China– en la región han creado un nuevo escenario geopolítico en América Latina. Las intervenciones militares de Estados Unidos, una de las preocupaciones centrales para las naciones latinoamericanas desde su independencia, parecen haber pasado a la historia, y la necesidad de alinearse con Washington en su enfrentamiento con la Unión Soviética por decenios en la posguerra dejó de ser uno de los imperativos de la diplomacia de América Latina. Los países de la región tienen ahora un inédito margen de libertad

política, evidente en las relaciones entre ellos. Un botón de muestra reciente es el acuerdo entre Brasil y Colombia, que permite a los colombianos perseguir a militantes colombianos dentro de territorio brasileño, y a Brasil fortalecer la seguridad de su frontera. La nueva geopolítica ha trastocado también la agenda latinoamericana frente a Estados Unidos. La preocupación central de la región es ahora económica. No todos los países latinoamericanos tienen el mismo grado de integración y dependencia con Estados Unidos, pero, para todos, el país es uno de sus principales socios comerciales.

Para México, diseñar una nueva relación con el gobierno del presidente Obama se inscribe en lo que debería ser un proyecto mucho más amplio. La globalización y el fin de la Guerra Fría dejaron a la diplomacia mexicana a la deriva. México lleva casi dos decenios



Fecha 15.03.2009	Sección Primera - Opinión	Página 10
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

sin un proyecto de nación en el escenario internacional, dando la espalda al multilateralismo (como lo demostró la reacción airada ante la sugerencia de Sarkozy –poco diplomática, pero cierta– para que México adopte una posición de más alto perfil y, entre otras cosas, se sume a los contingentes de paz de la ONU). No tenemos una política frente a ni dentro de América Latina, ni tampoco una relación en el seno del TLC orientada a fortalecer el trilateralismo México-Canadá-Estados Unidos sustentada en intereses comunes con Ottawa,

como la lucha contra el proteccionismo que ha cobrado fuerza en el Congreso estadounidense. Una política exterior coherente usa los recursos de un país para servir a sus intereses nacionales. Además de nuevos principios acordes con la nueva geopolítica, y una política más activa en el mundo, México debe hacer un balance de sus recursos –desde el poder de cabildeo que le regala la presencia de millones de mexicanos en Estados Unidos, la vecindad, la lucha contra el narco, y el petróleo– para negociar con el nuevo gobierno demócrata.